

es un poeta de consecuente fibra lírica que mantiene un paralelo ejercicio de la enseñanza de la literatura que, sin duda, es junto con la poesía el eje de su vida personal. *Sangre de la luz* (1968) es su primer libro. Pero no sólo la poesía ocupa su tiempo; ha trabajado la obra de Juana de Ibarbourou, Antonio Machado, Gabriel García Márquez, originando títulos sobre estos autores y sobre otros temas literarios. La poesía de Arbeleche es tributaria de una sensibilidad lírica que revela la fuente española y en particular la herencia de Machado y la Generación del 27 (Salinas, Aleixandre), resuelta en una manera intransferiblemente personal. Su lirismo apuesta a la luz y el gozo de la vida sin ignorar la muerte. *El velo de los dioses* (2001) constituye una muestra antológica de casi toda su obra:

Allí
en lo alto,
tu mirada y la mía
han de guardar el mundo.

Hugo Achugar (1944) ha repartido su obra entre la poesía y el ensayo crítico. Profesor de literatura en distintas universidades de América, su libro *El derrumbe* (1968) encarnó prácticamente el diagnóstico o el testimonio de la crisis que azotaría el país y el mundo. Achugar poeta no esquiva un prosaísmo discursivo intencional que torna sus textos reflexivos, cargados de una significación que elude el canto en aras de la música de las ideas. Algunas ráfagas de inesperado surrealismo aparecen a veces interrumpiendo, para robustecerlo, el curso de lo expresado. El desencanto y la acidez hablan en sus poemas, especialmente a partir de *Todo lo que es sólido se disuelve en el aire* (1989).

El caso de Roberto Echavarren (1944) nos pone ante otro integrante rezagado del 60, gracias a su primer libro *El mar detrás del nombre* (Premio de Poesía 1966). Su trayectoria posterior ha ratificado la presencia de una voz propia, de las más originales que produjo el Uruguay en los años recientes, abierto a las fronteras del mundo, desprejuiciado y libre. Se ha visto en su poesía la influencia de Lezama Lima y en cierto sentido la de Lacan. Pero el universo oscuro e indiferenciado que proponen los poemas de Echavarren posee la coherencia de lo fáctico: existe y es legible.

La obra de Marosa di Giorgio (1932) se ha mantenido fiel a la propuesta ensayada en *Los papeles salvajes* (1971), es decir, la prosa poética plena de hallazgos expresivos que aluden a un paraíso maravilloso y cruento que es la infancia detenida en el tiempo. Reitera en su obra más reciente esa fórmula arriesgando el manierismo previsible.

Otras voces, otros ámbitos

No es posible dejar de observar que después de la Generación del 60 no ha aparecido todavía una etiqueta, tan convencional o certera como las previas, que agrupe o defina a los poetas y escritores que han continuado naciendo y publicando en Uruguay. Ello puede no ser casual. En primer término el descaecimiento de la crítica como ejercicio sistemático ha privado al país, quizá por primera vez en su historia, de ese instrumento de autoanálisis. Faltan las miradas abarcadoras, el intercambio de miradas, aunque la crítica parcial sobre el libro o el autor tengan, particularmente en *El País Cultural*, suplemento del diario *El País* de Montevideo, su presencia semanal. Al mismo tiempo, no parece existir coherencia de grupo o intención en los autores nacidos a partir de los años 70. Sus obras muchas veces valiosas, valen por sí y no se conectan entre ellas, como intención o propósito deliberado. Es posible advertir en las últimas generaciones, en particular los nacidos a partir de los años 70, cierta dosis de carácter *naïf*, ausencia de lecturas y referencias, que se manifiestan en un esfuerzo expresivo que se ve forzado a inventar o descubrir lo ya acuñado.

Escapan a estas anotaciones los poetas que como Cristina Peri Rossi, Enrique Fierro y Álvaro Miranda, preceden a los más recientes, entre los cuales también, por supuesto, existen excepciones. Cristina Peri (1941) ha compartido la narrativa y la poesía con igual acierto. La arista lírica desde *Evohé* (1971) hasta *Aquella noche* (1996) muestra un parejo cuidado por la palabra, un eje protagónico en torno a las disquisiciones del amor y una libertad que la acerca reiteradas veces a la experimentación.

Enrique Fierro (1941) ha mantenido una fidelidad sin fisuras al quehacer poético. *De la invención* (1964) hasta *Contra la distancia* (1997) lo muestran en la inconformista búsqueda del lenguaje, en un ejercicio de rigor que no pretende la mera originalidad sino una interrogación honda sobre el mundo y las cosas del entorno. Descarnada y acerada, su palabra late sin embargo con una emotividad oculta pero presente, pudorosa y enemiga de la exhibición, como sucede en *Homenajes*:

porque venimos
para irnos pero
nos vamos para volver

Aunque solicitado por la crítica literaria y una vocación firme de animador cultural que lo ha conducido por los caminos diversos del editor y el periodismo radiofónico, Álvaro Miranda (1948) es básicamente un poeta.

En *Cámara profunda* (1998) redondea una obra que en su título anterior *Los lentos remeros sobre espesas aguas* había conquistado ya una madurez notoria. Poeta que conoce la poesía anglosajona, las referencias a Eliot y Pound son esenciales; iguales guiños hacia los clásicos del cine como *El ciudadano* de Welles, visten su obra como un resonador de muchas latitudes culturales. Lejos de toda vana erudición, vibran con la vigencia de lo incorporado y viviente.

Héctor Rosales (1958) y Leonardo Garet (1949), ambos crecidos bajo la dictadura militar, aunque el primero de ellos se radicó en Barcelona en 1979 y como Cristina Peri ha logrado hacerse un lugar destacado en la vida literaria del país catalán y de España. Rosales maneja una poesía tensa, directa en su expresión, convincente en la transmisión del dolor y la angustia:

Este continuo regreso a lo nunca ido.
Este grito sin salir.
Esta pena...
Los recién llegados y maduros

Es probable que los dos nombres más calificados de los poetas recientes sean Rafael Courtoisie (1958) y Silvia Guerra (1961), cercanos en el tiempo aunque distanciados en la personalidad respectiva de la poesía que escriben. Courtoisie, también narrador, crítico y periodista cultural, ejerce la poesía como una interrogación profunda hacia la realidad del mundo. *Estado sólido* (Visor, 1996) que ganó el VIII Premio Internacional de Poesía de la Fundación Loewe, bajo la forma aparentemente prosáica desliza una inquietante mirada reflexiva que cala hondo en los entresijos de la forma y la materia.

Por su parte Silvia Guerra comenzó con *De la arena nace el agua* (1987) y su más reciente título *Nada de nadie* (2001) ratifica una trayectoria límpida y rigurosa. Su poesía está construida por un respeto esencial a la palabra, manejada con riqueza y certera puntería expresiva. Ni asomo de emotividad adocenada, más bien lo contrario: la asepsia de lo emotivo en aras de una concreción desnuda que es solamente lo dicho.

A esta altura quedan como anotaciones pendientes un numeroso grupo de recién llegados que en buena parte fueron publicados por Vintén Editores, una pequeña casa editorial con profunda vocación por la causa de la poesía.

Teresa Amy (1950) cuyo *Retratos del merodeador* (1999) respira una poesía segura y contra lo habitual dueña de referencias a Ossip Maldestam y T.S Eliot y algún bolero insertado en su texto. Nelson Díaz (1967) con su *Liturgia Urbana* (2000) desgarrada como un eco *beatnik*. *Más lecciones*

para caminar por Londres (1999) de Julio Inverso (1963), Federico Silva Scarani (1969), duro y exasperado en su *Atmósferas* (2000) que ganó con este título la Mención Honorífica en el Concurso Literario de la Intendencia Municipal de Montevideo del año 1999.

Algo queda claro: la poesía continúa siendo un camino que se intenta aunque los que se internan por él con constancia responsable, sea como autores o como lectores, no abundan.



Marco Maggi. *Micro & Soft sobre Apple Macintosh*, 1999.
Grabado micro sobre un tipo de manzana. Colección del artista.



Palacio Lapido (1930). Arqs. Juan María Aubriot y Ricardo Valabrega.
Av. 18 de Julio esq. Río Branco (ahora W. Ferreira Aldunate).